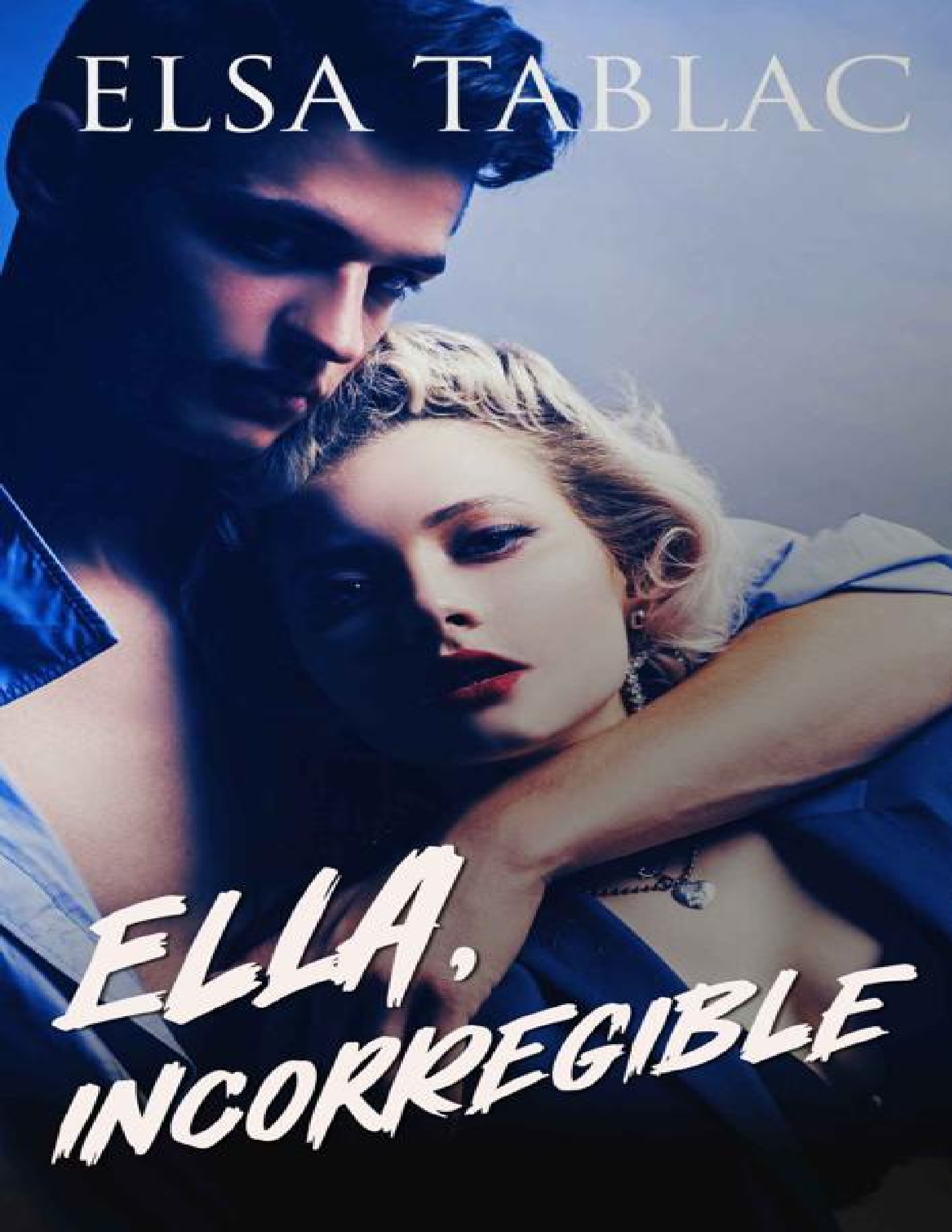




ELSA TABLAC

ELLA.
INCORREGIBILE

A movie poster featuring a man and a woman in a close embrace. The man is on the left, looking down at the woman. The woman is on the right, looking towards the camera. The background is a soft, out-of-focus blue and white. The title 'ELSA TABLAC' is at the top, and 'ELLA, INCORREGGIBILE' is at the bottom in a stylized font.

ELSA TABLAC

*ELLA,
INCORREGGIBILE*

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[ELLA, INCORREGIBLE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[EPÍLOGO](#)

[EL CAZADOR Y LA HEREDERA](#)

[JEFE, HECHIZO Y HALLOWEEN](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

ELLA, INCORREGIBLE

¿Trabajo o placer? #5

Primera edición: Octubre 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Freddy Bolt, un agente de libertad condicional novato, nunca imaginó que su primer caso en Boston cambiaría su vida.

Lois es una exconvicta que ha cumplido condena por un serio delito de estafa. Es misteriosa, seductora y, sobre todo, inalcanzable. Y ahora Freddy es su agente de la condicional.

A medida que él se ve arrastrado por una atracción prohibida, la tensión entre ellos crece, poniendo en riesgo su carrera y su corazón. Y pronto Freddy tendrá que decidir si vale la pena romper todas las reglas por el amor de una chica como Lois.

Ella, incorregible
¿Trabajo o placer? #5

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

FREDDY

El sonido rítmico de la lluvia golpeando el parabrisas me tenía al borde de los nervios. No es que fuese muy aficionado a conducir bajo tormentas, pero lo que realmente me atacaba era saber que estaba a pocos minutos de conocer a Lois Cadwell.

Ya me habían hablado de ella... Y lo que contaban no era precisamente alentador.

Su nombre tenía cierto peso, aunque aún no había logrado asociarlo a nada concreto. Lo que sí sabía era que no era la típica criminal con la que hubiese tratado antes. Su familia acomodada, el delito que había cometido... algo no encajaba. Pero yo solo tenía que hacer mi trabajo de siempre y pasar al siguiente caso. Al menos, eso me repetía.

El GPS me guió hasta un barrio residencial de lujo en las afueras de Boston. Las casas por allí parecían más sacadas de una revista de arquitectura que del mundo real.

Frené delante de una mansión de dos pisos, rodeada por una valla de seguridad; con una puerta de madera maciza y un jardín que, incluso bajo la lluvia, mantenía ese aire de perfección impoluta. No era el tipo de sitio donde te imaginas a alguien que acababa de cumplir una condena de dos años en prisión.

Respiré hondo, intentando sacudirme la incomodidad. Esto era solo una visita rutinaria. Primera visita, evaluación inicial, preparar mi informe. Nada del otro mundo. Empuñé el paraguas y salí del coche. La lluvia me empapó los zapatos en apenas segundos mientras subía la escalinata. Toqué el timbre y esperé.

La puerta se abrió en un instante, y ahí estaba ella.

Lo primero en que me fijé fue su cabello: rubio, corto y rizado. Angelical. Pero no era solo el pelo. Fue la forma en que me miró, con esos ojos claros, brillantes, con una curiosidad tranquila.

No tenía nada que ver con la imagen que había construido de una mujer joven recién salida de la cárcel.

Sus labios se torcieron en una ligera sonrisa mientras me examinaba de arriba abajo.

—Eres tú, ¿no? El nuevo —no era una pregunta, sino más bien una confirmación.

—Freddy Bolt. Soy tu agente de libertad condicional —respondí, extendiendo la mano con una formalidad que hasta pareció fuera de lugar bajo su mirada.

—Lois —dijo, ignorando mi mano y apoyándose en el marco de la puerta. No parecía incómoda, más bien era como si estuviera esperando a ver qué haría yo a continuación. Su mirada se desvió un momento, pero cuando la levantó otra vez tenía un punto de diversión. Seguramente ya había jugado a este juego antes y lo disfrutaba a conciencia.

—¿Te gustan las tormentas, Freddy?

—Prefiero verlas desde la ventana, la verdad —solté una pequeña carcajada, intentando romper la tensión.

Ella no dijo nada, pero su sonrisa se mantuvo, como si estuviera entretenida solo con

observarme.

—Bueno, pasa, antes de que te ahogues ahí fuera —se apartó de la puerta.

No estaba nerviosa.

Cero.

Entré, agradecido por escapar de aquella lluvia, aunque el calor en la casa no hacía mucho por relajarme. El interior era tan impecable como había imaginado: todo estaba en su lugar, perfectamente ordenado. Sin embargo, había algo en la atmósfera que parecía frío, distante. Casi como ella.

—He tenido otros agentes antes —dijo Lois, caminando hacia el salón sin girarse—. Pero tú tienes un aire distinto.

—¿Distinto cómo? —pregunté, siguiéndola mientras mis botas mojadas resonaban en el suelo de madera.

Se dejó caer en el brazo de un sillón. Sus dedos jugaban distraídamente con el borde de su camiseta. Era como si siempre se moviese con una especie de indiferencia estudiada.

—No lo sé aún. ¿Qué crees que te distingue del resto? —se cruzó de brazos, fijando su mirada en mí, y ahí estaba de nuevo esa sonrisa tranquila, como si quisiera medirme por mis respuestas.

—Esto a lo mejor te va a sorprender...pero no estoy aquí para hablar de mí, Lois —me quedé de pie, intentando mantener el tono relajado, pero cada palabra que intercambiábamos parecía parte de un examen que no sabía si estaba aprobando.

—¿No? —alzó las cejas, como si le sorprendiese—. Pensé que era algo básico para un agente de libertad condicional. Persuadir, convencer... mantener el control.

—Es mucho más fácil que eso. Estoy aquí para asegurarme de que las cosas te van bien a ti, Lois —cruce los brazos, tratando de no darle más vueltas a aquel juego dialéctico absurdo.

—¿Y si las cosas ya me van bien? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Bueno, eso lo iremos viendo —hice una pausa, observándola detenidamente.

Había algo en ella que no lograba encajar. La manera en que me hablaba era un poco desafiante y cínica, pero tal vez estaba tratando de enmascarar algún rastro de miedo. Y luego estaba esa especie de curiosidad desconcertante hacia mi persona.

Lois entrecerró los ojos, como si estuviera evaluando mis palabras. Después, con una sonrisa que parecía más honesta que las anteriores, dijo:

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer, pero sí las personas directas. Así que vamos al grano. ¿Qué quieres saber, Freddy?

Cogí aire, sintiéndome un poco fuera de lugar. La mayoría de los exconvictos solían ser más reservados, más cautelosos. Pero Lois era diferente. Misteriosa, sí, pero también demasiado segura de sí misma.

—Es simple. Hoy solo quiero asegurarme de que te estás adaptando a tu nueva situación, que estás siguiendo las normas —intenté mantener la conversación todo lo profesional que pude, aunque no podía evitar fijarme en ciertos aspectos de ella, sus labios, sus rizos...Joder, era verdad lo que me habían dicho.

Parecía un ángel.

—¿Adaptándome? —Lois dejó escapar una risita—. Bueno, si adaptarse significa volver a casa de tus padres después de dos años en el trullo, entonces... estoy fenomenal. No hay nada como la vida bajo el mismo techo que mamá y papá. En tu habitación, con tus pósters de la adolescencia y tu cama de noventa...

—Sarcástica, ¿eh? —le respondí, un poco más relajado al ver que, al menos, no parecía

resentida conmigo.

—Bueno, es lo único que me queda —torció la sonrisa.

Algo en su tono me hizo darme cuenta de que había más en su historia de lo que había leído en el informe. Lois era mucho más complicada, y lo sabía.

—Si lo prefieres, puedo hacerte estas preguntas semana tras semana. Tú eliges, Lois —le devolví la sonrisa, tratando de no perder el ritmo de su tono juguetón, aunque claramente estaba sintiendo que cada conversación con ella iba a ser un desafío.

Ella inclinó la cabeza, evaluándome una vez más con esa mirada que parecía atravesarlo todo.

—Te daré una respuesta clara entonces: lo estoy intentando. Pero, ¿sabes qué es lo difícil? Que después de todo lo que pasó, todo sigue igual en casa. Es como si el tiempo solo se hubiera detenido para mí. Para ellos, es como si nada hubiera pasado.

Miré a mi alrededor.

Mi impresión era que estábamos completamente solos.

—Eso es algo en lo que puedo ayudarte, o al menos intentarlo.

Me miró, sorprendida.

—Pues es un gran ofrecimiento para una primera visita, Freddy —dijo.

Justo antes de irme, saqué un pequeño dossier de mi mochila y se lo tendí. Lois lo recogió con cuidado, como si le hubiera entregado algo mucho más interesante.

—Ahí encontrarás lo básico, aunque supongo que mis antecesores también te dieron uno. Son reglas, cosas que puedes y no puedes hacer durante el periodo de libertad condicional —le expliqué. Ella lo hojeó por encima, como si ya supiera de qué iba—. De todas formas, léelo cuando tengas un momento.

—Oh, no te preocupes. Soy buena siguiendo instrucciones... cuando quiero —me lanzó una sonrisa descarada, y sus ojos brillaron con una chispa juguetona.

Decidí ignorar aquellas pequeñas provocaciones.

—¿Y tus padres? —pregunté, intentando cambiar el tema—. ¿Están en casa? No los he visto.

Lois se encogió de hombros, mientras sus dedos jugueteaban con el borde del *dossier*.

—Salieron de viaje hace unos días. Ya sabes, no es que me estén vigilando cada segundo. Aunque lo intenten. —sonrió de nuevo, pero esta vez había algo más reservado en su mirada.

—Entiendo. Bueno, si tienen alguna pregunta, pueden llamarme también —dije, dándome cuenta de que probablemente no los vería pronto.

—Oh, estoy segura de que me las apañaré sin su ayuda, Freddy —su tono era ligeramente burlón, pero no había hostilidad, solo una picardía juguetona que me desconcertaba.

Le devolví una sonrisa cortés, sin dejarme intimidar, y di un paso hacia la puerta. "Nos veremos pronto," pensé, aunque ya sabía que, con Lois, las cosas no iban a ser tan simples.

La frustración me invadió cuando salí de la casa de los Cadwell. Y no era porque continuase lloviendo. Solo sentí que esa primera visita me había dejado más preguntas que respuestas.

Pero sí tenía una cosa clara: Lois no encajaba en ninguno de los perfiles con los que yo había trabajado antes.

A lo mejor es que ni siquiera era como ninguna otra persona que hubiese conocido.

Y sin darme cuenta, mientras me sentaba de nuevo al volante, ya empezaba a pensar en ella más de lo que debería.

CAPÍTULO 2

LOIS

La puerta se cerró tras Freddy, y el sonido reverberó en la casa vacía. Me quedé de pie unos segundos, mirando el espacio donde él había estado, aún sintiendo su presencia. Ese chico era demasiado formal, demasiado correcto... pero también atractivo, de una forma inquietante. Había algo en su sonrisa tímida, en cómo intentaba mantener todo bajo control... que me había dejado un cosquilleo en el estómago.

Suspiré, sacudiendo la cabeza mientras miraba el *dossier* que me había dejado. Lo abrí despacio, con la absurda idea de que podría encontrar algo más de lo que se apreciaba de un vistazo.

Las reglas, los horarios de control, los límites... todo estaba escrito con la precisión que esperaba. Había leído informes similares antes. Pero allí no había mensajes ocultos, ni notas entre líneas. Claro, ¿qué esperaba? ¿Una confesión de que me había encontrado irresistible? Sonreí para mí misma, sacudiendo la cabeza ante mi propia tontería.

Lo dejé sobre la mesa del salón y me paseé por la casa, buscando algo con lo que distraerme. El lugar estaba silencioso, salvo por el suave repicar de la lluvia contra las ventanas.

Mis padres, por supuesto, no estaban. Salieron de viaje hace unos días para asistir a un funeral en la otra punta del país, pero probablemente también como una especie de “escape” de la realidad de tener una hija exconvicta en casa. No los culpaba. Tampoco quería su lástima ni sus preguntas incómodas. Para ser sincera, estar sola no era tan malo.

Antes de todo este desastre, siempre fui una chica casera. Me encantaba acurrucarme en mi habitación con un buen libro o dejarme llevar por la música durante horas. Nunca fui de fiestas salvajes ni de relaciones tóxicas... hasta que Hunter apareció en mi vida.

Sacudí la cabeza, intentando borrar su imagen de mi mente. No merecía un segundo más de mi atención.

Pasé por la cocina, donde el gato de la familia, un persa llamado Winston, maullaba pidiendo su comida. Abrí la lata de pienso húmedo, que siempre le encantaba, y la volqué en su plato. Mientras Winston se lanzaba a devorar su premio, mis pensamientos volvieron a Freddy.

Me mordí el labio, un gesto irreflexivo que hacía cuando algo me intrigaba. ¿Cómo sería seducir a Freddy? La idea era completamente loca. Pero... ¿y si no? Me reí entre dientes. No podía evitarlo.

Claro que no iba a seducir a mi agente de libertad condicional, pero tampoco podía negar lo atractivo que me había parecido. Había algo en él que me tentaba, tal vez el hecho de que no parecía verse afectado por mi presencia. La mayoría de los hombres solían ponerse nerviosos o se sentían intimidados, pero él había mantenido la compostura. O al menos lo había intentado.

Me dejé caer en el sofá, con los pies descalzos descansando sobre la alfombra. Descalzos a excepción de mi aparatosa pulsera tobillera, claro.

Me quedé embobada mirando cómo la lluvia caía otra vez con más fuerza sobre el jardín. En otro momento, antes de todo esto, habría disfrutado de una tarde como esta con un buen libro, una taza de cacao caliente y Winston acurrucado a mis pies. Pero ahora... las cosas eran diferentes. Estaba aquí, encerrada en esta especie de jaula dorada, intentando reconstruir los pedazos de mi vida después del caos que Hunter había traído consigo.

Una cosa es que te guste estar en casa y otra que no te dejen salir de ella.

Mi arresto domiciliario había terminado y ahora estaba por fin en libertad condicional. Pero no me apetecía mucho pasear con aquello en el pie y la lluvia era la excusa perfecta para disfrutar del silencio de la casa.

Hunter Bestow.

No podía pensar en él sin sentir una mezcla de rabia y decepción. Todo lo que había hecho, todos los riesgos que había asumido por él... solo para descubrir que yo no había sido más que una pieza en su juego.

Robé millones a una empresa tecnológica bajo su maldita influencia, confiando en sus promesas y en su "plan perfecto". Claro, él seguía en prisión, y no habíamos vuelto a hablar. Pero cuando supe la verdad, cuando los interrogatorios policiales me revelaron que lo habían estado investigando durante años, me di cuenta de que era mucho peor de lo que imaginaba.

Lo que me destrozó no fue solo que nos pillaran. Fue enterarme, a través de un agente demasiado dispuesto a hacerme hablar, que Hunter había estado viéndose con otra mientras a mí me prometía el cielo y las estrellas.

Revisamos sus teléfonos, me dijo el policía. *Sabemos que no eras la única.*

Ahí fue cuando lo borré de mi mente y de mi corazón. Desde ese día, no respondí ni una de las cartas que me enviaba desde el correccional de hombres. Ni una palabra. Para mí, Hunter dejó de existir en el momento en que me traicionó.

Winston terminó de comer y saltó al sofá. Se acurrucó junto a mí, ronroneando con satisfacción. Le acaricié el pelaje suave, pero mi mente seguía dando vueltas.

Había pensado mantenerme lejos de los hombres para siempre. Después de todo, mira dónde me había llevado confiar en uno. A perder casi cuatro años de mi vida.

Pero Freddy Bolt... él no tenía nada que ver con Hunter. En realidad, era la antítesis de todo lo que Hunter representaba. Y eso era lo que lo hacía tan peligroso, ¿no? El hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, no podía evitar sentir cierto interés.

No podía enamorarme de mi agente de libertad condicional. Eso estaba claro. Pero, ¿quién dijo que no podía divertirme un poco? Freddy era guapo, atractivo a su manera, y lo mejor de todo: parecía inmune a mis provocaciones. Eso solo lo hacía más tentador.

Me levanté del sofá, recogiendo el *dossier* que me había dejado. Lo hojeé de nuevo, sin realmente prestar atención. Mis pensamientos seguían en él, en cómo sería seguirle el juego, verlo intentar mantener su distancia mientras yo lo empujaba poco a poco hacia el borde del abismo... Una sonrisa se dibujó en mis labios.

Un poco de diversión era lo que necesitaba.

Quizás mi vida de reclusión no estaba tan mal después de todo...

CAPÍTULO 3

FREDDY

Estaba sentado en mi escritorio, con el expediente de Lois Cadwell abierto frente a mí, revisándolo por enésima vez en los últimos días. Mi bolígrafo giraba entre mis dedos mientras intentaba concentrarme, pero la verdad era que no podía dejar de pensar en ella. Desde que la había visto, esa chica no se me iba de la cabeza. Algo en su mirada, esa mezcla de desconfianza y picardía, me había dejado intrigado. Demasiado intrigado.

—¿Otra vez con el expediente de Cadwell? —escuché la voz de Mark, mi compañero y mentor, a mi lado. Se dejó caer en la silla frente a mí con su café en la mano y una sonrisa ladeada.

—Solo estoy revisando —respondí, sin apartar la vista de los papeles. Pero sabía que no iba a dejarlo ahí.

Mark era el típico veterano en la oficina, el tipo que conocía a todo el mundo y a quien todos acudían en busca de consejo. Cuando me trasladaron a Boston, él fue el encargado de enseñarme los entresijos del trabajo aquí, y hasta entonces habíamos hecho buenas migas.

—¿Revisando o obsesionándote? Porque créeme, conozco esa cara —tomó un sorbo de café y me miró con los ojos entrecerrados—. No serías el primero que cae en esa trampa.

—¿Qué trampa? —levanté la vista y lo encaré, aunque ya sospechaba hacia dónde iba la conversación.

—Lois Cadwell. Esa chica es una joven diosa, ¿verdad? Pero déjame decirte algo, Freddy: los dos agentes que estuvieron antes de ti, ¿sabes por qué se fueron? —. Mark se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de revelarme el mayor secreto de la oficina.

—Dejaron el caso, ¿no? —murmuré, sabiendo ya la respuesta, pero con la necesidad de confirmarla. Había algo en la situación de Lois que no terminaba de cuadrar.

—Exacto, renunciaron —Mark soltó una carcajada—. Y no fue por vacaciones. Esa chica... —sacudió la cabeza, enfatizando sus palabras—. Es problemática. Por su aspecto, principalmente. Y te lo digo en serio, no dejes que te ciegue con esa cara angelical ni con esos ojitos tristes. Porque créeme, sería capaz de meterte en más problemas de los que te imaginas.

Me apuntó con el dedo, como si con eso quisiera grabar a fuego sus palabras en mi mente.

—Mark, no estoy cegado, solo hago mi trabajo —protesté, aunque mi tono no sonaba tan convincente como me hubiese gustado. Pero él ya me conocía lo suficiente para ver a través de eso.

—Oh, claro, tu trabajo —se rió de nuevo entre dientes—. Y tu trabajo también incluye pasar las noches pensando en ella, ¿no? Porque esa es la pinta que tienes desde que te la asignaron. No te culpo, Freddy, la chica es guapa. Pero ya te advierto que esa belleza es la típica que trae más problemas que otra cosa.

—No es eso —me apresuré a decir, supongo que de forma muy poco creíble. Mark se echó

hacia atrás, y el escepticismo en su cara me hizo sentir como un adolescente atrapado en una mentira.

—¿No es eso? —repitió, dándole un toque burlón a su voz—. Entonces, ¿qué es? ¿Te preocupa su bienestar? Porque si es eso, te digo que ni siquiera deberías pensarlo dos veces. Lois Cadwell puede cuidarse sola. Lo ha hecho desde que salió. Es mayorcita. Por aquí la conocemos bien.

Sabía que tenía razón, pero no podía evitarlo. La necesidad de volver a verla era más fuerte de lo que estaba dispuesto a confesarle a Mark. Desde nuestra primera reunión, no había pasado un día sin que pensara en esos ojos verdes, en la manera en que jugaba con los papeles que le di, con uno de los botones de su pantalón, en cómo me sonreía con ese aire de misterio y peligro.

Nunca me había cruzado con una exconvicta tan desvalida y atractiva.

—Mira, solo digo que... algo no me cuadra en su caso —insistí, buscando un argumento racional—. El robo fue serio, pero no parece el tipo de persona que se metería en ese tipo de problemas.

Mark soltó un bufido, claramente escéptico.

—¿No parece ese tipo? —se burló—. Y ahí está tu problema, Freddy. Estás juzgándola por su apariencia. No te engañes. Fue cómplice de robar millones de dólares de una empresa tecnológica. No hablamos de un delito menor, y no fue un accidente. Sabía lo que hacía.

—Sí, pero Hunter Bestow fue el cerebro, no ella. Él sigue en prisión —dije, intentando convencerme de mis propias palabras.

—Exactamente. Y ella ha conseguido marcharse a su casa. ¿No te hace pensar que quizá las cosas no son tan simples? —Mark bebió otro sorbo de café, observándome con una mirada que parecía traspasarme.

—Tal vez —admití, aunque mi mente ya estaba en otra parte.

Tenía que volver a verla. Necesitaba asegurarme de que estaba bien, de que no estaba metiéndose en problemas.

—Freddy, no me malinterpretes. Sé que eres relativamente nuevo y tienes buenas intenciones, pero aquí es donde te das cuenta de que no puedes salvar a todos. Y Lois no es una excepción. Es tu trabajo mantener la distancia.

Levanté las manos.

—Lo sé, lo sé. No voy a involucrarme más de lo necesario —mentí descaradamente.

Mark me observó un momento más, como si estuviera analizando cada palabra. Luego, se levantó y me dio una palmada en el hombro.

—Cuida esa cabeza, amigo. O la vas a perder antes de que te des cuenta —se alejó, dejándome con mis pensamientos.

Volví la mirada al expediente de Lois.

Pasé los dedos por la foto en blanco y negro de ella, su rostro sereno y distante. Podía ver la dureza que la cárcel había dejado en sus ojos, pero también algo más profundo, algo que me hacía querer saber más. Y aunque sabía que no debía, no podía evitarlo.

Necesitaba volver a esa casa. No iba a esperar dos semanas para la próxima visita oficial. Tenía que asegurarme de que todo estaba en orden, de que ella estuviera bien.

Sí, claro, me decía eso a mí mismo. Pero sabía la verdad. No se trataba solo de su bienestar. Quería verla. Quería hablar con ella de nuevo, observar cómo esquivaba mis preguntas con esa sonrisa juguetona, cómo dejaba caer comentarios que me sacaban de quicio y, al mismo tiempo, me atrapaban aún más.

Me levanté de la silla, tomando el expediente de Lois y cerrándolo de golpe. Era oficial. Iba a

adelantar mi próxima visita. Dos semanas eran demasiado tiempo para esperar.

Freddy, no hagas tonterías, me decía la parte más racional de mi cerebro. Pero la otra, la parte que ya estaba demasiado involucrada, sabía que era tarde para dar marcha atrás.

Guardé el expediente en mi maletín y salí de la oficina, ignorando la voz de Mark que me llamaba desde su escritorio. Estaba decidido.

CAPÍTULO 4

LOIS

Cuando escuché el sonido del motor del coche apagándose fuera, supe que era Freddy. Y también supe que estaba aquí antes de lo que debía. Había adelantado la visita. Eso me decía mucho más de lo que él probablemente pretendía.

Sonreí para mí misma mientras me encaminaba hacia la puerta principal. No me sorprendía que hubiese vuelto tan pronto. Desde el primer momento noté cómo me miraba, cómo intentaba ocultar su interés detrás de una fachada profesional. Pero no podía engañarme. Sus ojos, el tono de su voz, la postura que adoptaba...me decían mucho más que sus palabras.

Abrí la puerta antes de que llamase al timbre, y allí estaba él, con su chaqueta, de nuevo empapada por la lluvia, una carpeta bajo el brazo y esa mirada confusa y nerviosa que le hacía tan transparente.

—Freddy —dije, inclinando la cabeza ligeramente, jugando con mi voz, haciéndola aún más suave—. No esperaba verte tan pronto. ¿Me echabas de menos?

Él se aclaró la garganta y me lanzó una sonrisa torpe, claramente incómodo con mi recibimiento.

—Tenía que hacer un seguimiento —dijo, sin mucha convicción—. Ya sabes, asegurarme de que todo está en orden.

—¿Ah, sí? —me apoyé en el marco de la puerta, cruzando los brazos mientras lo desnudaba con la mirada—. Porque si no supiera cómo van estas cosas, pensaría que has venido porque querías verme.

Freddy bajó la vista un segundo, tragando saliva. Observé el leve movimiento de su nuez, el gesto nervioso de sus manos mientras ajustaba la carpeta bajo el brazo. Estaba tenso, y me encantaba.

—Vamos, pasa —dije, echándome a un lado—. No te quedes ahí bajo la lluvia. Siempre traes la tormenta, Freddy. ¿No es curioso?

Entró, y su cercanía hizo que todo el ambiente se cargara. El sonido de la puerta cerrándose detrás de él fue casi un eco en la casa vacía. Le hice un gesto hacia el salón y lo seguí, sintiéndome en control. Él, por otro lado, parecía fuera de lugar, como si no supiera dónde poner las manos ni cómo mantenerse firme.

Se sentó en el sofá, y yo me acerqué lentamente, como una cazadora a su presa. Me senté a su lado, pero no demasiado cerca, solo lo suficiente para que sintiera mi presencia, para que mi perfume llegara hasta él.

—Entonces, dime —empecé, girándome para mirarlo directamente—. ¿Has venido a hacerme alguna pregunta oficial o solo a... ya sabes, charlar?

Se pasó una mano por la nuca, claramente incómodo con la situación.

—Es solo parte de la rutina, Lois. Tengo que asegurarme de que sigues cumpliendo con todo,

y de si tienes alguna duda —respondió, pero su voz había bajado un poco. Era como si la excusa del trabajo se le estuviera desmoronando mientras hablábamos.

Me incliné un poco hacia él, cruzando las piernas de manera deliberada, notando cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Intentaba no ser obvio, pero fracasaba estrepitosamente.

—¿Seguro? —murmuré, bajando la voz también—. Porque me parece que tus visitas son... ¿cómo decirlo? Un poco personales.

Sonrió, luchando por mantener la compostura.

¿Quién le había mandado meterse en la boca del lobo?

Dios mío, con lo aburrida que estaba...

Sola en casa y aburrida.

—Estoy haciendo lo que me corresponde. No es personal —insistió, pero la forma en que sus pupilas se dilataron me contó otra historia.

Lo tenía. Sabía que lo tenía. Y eso me daba poder. Me acerqué un poco más, lo suficiente para que mis rodillas casi rozaran las suyas, y alargué la mano hacia la carpeta que tenía sobre el regazo.

—¿Puedo? —pregunté, pero no esperé su respuesta antes de tomarla y abrirla lentamente—. ¿Qué tienes aquí? ¿Más papeleo aburrido sobre mí?

Él se inclinó hacia adelante, como si quisiera arrebátarmela, pero se detuvo. Sus manos estaban tensas, apretadas en los costados, y vi cómo una gota de sudor caía lentamente desde su sien.

—Lois, eso es información confidencial —su voz sonaba seria, pero también había algo más: una tensión electrizante en el aire que ambos sentíamos.

—Oh, vamos, no te pongas tan estricto —le devolví la carpeta, pero no dejé que el momento pasara—. Relájate un poco. Pareces más nervioso que yo.

Él se rió, pero era una risa seca, casi forzada.

—No estoy nervioso.

—¿No? —me incliné hacia él, acercándome lo suficiente para que sintiera mi aliento en su piel—. Pues lo pareces.

Freddy me miró, sus ojos brillaban con algo que no podía ocultar, algo que él no sabía cómo controlar. Pude ver cómo sus manos temblaban ligeramente, cómo se le secaba la boca, cómo se tocaba la nuca de nuevo, en ese gesto nervioso que me fascinaba.

Decidí arriesgar un poco más. Alargué una mano y la dejé descansar en su rodilla, como si fuera un simple gesto casual. Pero no lo era. Lo vi tensarse al instante, sus ojos se oscurecieron y su respiración se aceleró.

—Freddy... —murmuré, saboreando su nombre en mis labios—. Dime una cosa.

—¿Qué? —su voz era apenas un susurro, y noté cómo tragaba saliva de nuevo.

—¿Te gusto?

El silencio que siguió fue casi ensordecedor. Lo vi pestañear, luchando por encontrar una respuesta que no delatara lo que ya sabía. Sus dedos se apretaron sobre sus rodillas, y su mirada bajó hacia mi mano, que seguía allí, descansando, provocadora.

—No sé de qué hablas —respondió al final, su voz quebrándose un poco.

Me reí suavemente, disfrutando de la situación. Estaba completamente desarmado. Me incliné aún más, acercándome a su rostro, hasta que nuestras narices casi se tocaron. Podía sentir el calor de su piel, el leve temblor en sus labios, y en ese momento supe que lo tenía en la palma de mi mano.

—¿Estás seguro? —murmuré, mis labios a centímetros de los suyos.

—Muy seguro.

Lo vi cerrar los ojos por un segundo, como si estuviera a punto de rendirse. Su respiración se aceleró, y pude sentir el deseo en el aire, tan intenso que era casi tangible. Pero justo cuando él se inclinó un poco hacia mí, me aparté.

—Ninguna duda —dije entonces, poniéndome en pie y creando de nuevo distancia entre nosotros—. Bueno, ya ves que todo está bien por aquí. No estoy segura de que estas visitas sorpresa formen parte del programa de reinserción...pero ha sido encantador verte por aquí otra vez, Freddy.

Se quedó allí, paralizado, desconcertado por mi retirada. Sabía muy bien que si hubiese deslizado una pierna sobre su regazo y me hubiese sentado a horcadas encima de él, si hubiese empezado a moverme y a besarle, habríamos acabado haciéndolo allí, en el sofá del salón de mis padres.

Lo dejé con la respiración entrecortada y el deseo en sus ojos.

—Nos vemos pronto, ¿no? —añadí con una sonrisa antes de girarme hacia la puerta.

Se notaba que él también tenía más cosas de esas rutinarias que comentarme, pero se levantó de golpe, incómodo y descolocado. Se acarició de nuevo la nuca. Sabía que había cruzado una línea, y ahora luchaba por recomponerse.

—Sí, claro..

La voz le temblaba.

Cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta.

Lo vi marcharse a toda prisa. Freddy tenía una dura batalla por delante. Debía rendir cuentas ante su evidente deseo.

Pero todo eso era parte de mi plan.

Ahora solo quedaba esperar.

CAPÍTULO 5

FREDDY

Habían pasado seis días desde la última visita que le hice a Lois. Seis días en los que no había dejado de pensar en su cara, en su risa, en ese casi-beso que no sucedió, pero que cada noche revivía antes de quedarme dormido. Seis días en los que había perdido por completo el control sobre mi trabajo y mi vida.

Y ahora estaba ahí, de pie frente a la puerta de la oficina del jefe, luchando contra la decisión más difícil que había tenido que tomar desde que empecé en este trabajo. Ya no tenía sentido negármelo a mí mismo. Era evidente. Me había enamorado de ella. No, peor aún: me había obsesionado con ella. Y eso lo cambiaba todo.

Necesitaba empezar un serio proceso de *desintoxicación*.

De inmediato.

Respiré hondo. Si entraba por esa puerta y le decía a mi jefe que quería renunciar al caso de Lois Cadwell, tal vez podría evitar que esto se convirtiese en algo que arruinara mi carrera. Pero también significaba que no volvería a verla, y ese simple pensamiento me provocaba una punzada de dolor en el pecho casi insoportable.

En esos seis días, había hecho lo que jamás debería haber hecho.

La había seguido.

Había conducido por su calle, alrededor de su casa, como si fuese un cazador acechando a su presa.

Había observado sus ventanas, esperando que saliera para... no lo sabía. Para verla, para estar cerca de ella, aunque fuera desde lejos.

La había seguido hasta un centro comercial en dos ocasiones, asegurándome de que no me viera.

Sabía que estaba cruzando líneas. Muchas. Líneas muy rojas. Pero es que aquella tarde en su casa, cuando nuestras bocas estuvieron tan cerca, cuando vi el deseo en sus ojos... Algo en mí había cambiado. No era solo que me gustara. La deseaba. Y ese deseo estaba interfiriendo con todo lo que debería estar haciendo en mi día a día.

Entra en ese despacho y termina con esto antes de que sea demasiado tarde, me dije a mí mismo en un susurro.

Puse la mano en la puerta, pero antes de que pudiera girar la manija, esta se abrió de golpe.

—¡Freddy! —mi jefe, Donovan Richardson, apareció de repente frente a mí con una carpeta en la mano—. Justo a tiempo. Necesito hablar contigo.

Asentí, tragando saliva mientras lo seguía hasta su mesa. La renuncia a Lois tendría que esperar. Tomé asiento frente a su escritorio, esperando que él iniciara la conversación.

—He revisado el caso de Lois Cadwell —dijo, sentándose detrás de su escritorio y dejando la carpeta abierta frente a él—. Tenemos una novedad importante. Y no es exactamente una buena

noticia.

Mi corazón latió más rápido. Me incliné un poco hacia adelante, temiendo lo que iba a decir.

—¿De qué se trata? —pregunté, con la boca seca.

—Su exnovio, Hunter Bestow, acaba de conseguir la libertad condicional —respondió Richardson, mirándome a los ojos—. Sale de la cárcel en una semana. Ha reunido el dinero de la fianza. Al parecer se lo ha prestado una mujer. Hemos constatado que el dinero no proviene de los fondos que robó y que jamás devolvió al cien por cien.

El nombre de Hunter me golpeó. Bestow. El tipo que arrastró a Lois a esa pesadilla. El que la metió en problemas, la utilizó, y luego la dejó cargar con las consecuencias. Lo detestaba sin siquiera conocerlo.

—¿Qué posibilidades hay de que intente contactar con ella? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque dentro de mí ya estaba en alerta máxima.

Richardson se cruzó de brazos.

—Más de lo que nos gustaría. Según la información que tenemos, Bestow ha estado intentando contactarla desde prisión, aunque ella no ha respondido a ninguna de sus cartas.

Me quedé en silencio, digiriendo aquella información. Lois no había respondido a Hunter. Lo había ignorado. Eso debería ser un alivio, pero también significaba que había una gran posibilidad de que él no se rindiera tan fácilmente.

—Supongo que a estas alturas ya lo sabes, pero Lois Cadwell es, a todas luces, una persona problemática —continuó Richardson, en tono serio—. Y ahora, con Bestow libre, las cosas podrían complicarse. Tienes que estar muy atento, Freddy. No podemos permitir que se relacione con él. Si ella vuelve a involucrarse con Bestow, estará violando su libertad condicional, y ya sabes lo que eso significa.

Asentí lentamente. Pero mis pensamientos estaban en otra parte. No podía soportar la idea de que Lois estuviera en peligro. De que ese idiota volviera a aparecer en su vida. De que volviera a meterse en problemas por culpa de él.

Y, por encima de todo, no podía soportar la idea de que ese tipo volviera a tocarla.

Porque, lo quisiera admitir o no, lo que sentía por Lois no era solo preocupación profesional. Era personal. Muy personal. Y, lo sabía, estaba metido en un problemón.

—Lo entiendo —dije, haciendo un esfuerzo por sonar más profesional de lo que me sentía—. Hablaré con ella. Me aseguraré de que se mantenga alejada de Bestow.

Richardson asintió, mirándome con la expresión severa que siempre adoptaba cuando sabía que algo podía explotar en cualquier momento.

—Bien. Quiero que seas extremadamente cuidadoso, Freddy. Me consta que es una chica atractiva. No te dejes cegar por su aspecto o por lo que puedas pensar de ella. Lois Cadwell podría ser peligrosa. No olvides eso. Ya he tenido dos dimisiones en este caso y no quiero otra.

Oh, ¡venga ya!, pensé. La Lois que yo había visto no era peligrosa. Era una mujer que fue traicionada y manipulada. Pero no dije nada. Solo asentí, guardando para mí lo que realmente estaba pasando por mi cabeza.

—Ya —respondí—. Pero yo no dejo que ese tipo de cosas me afecten.

Richardson me observó un instante, como si estuviera intentando ver más allá de mis palabras huecas. Sus ojos se ahuecaron un poco.

—¿Estás seguro? —preguntó, con una ligera sospecha en la voz—. He visto cómo algunos agentes jóvenes se dejan llevar con algunas exconvictas. No quiero que eso te pase a ti.

—No me pasará —lo dije con tanta seguridad que casi me lo creí. Casi. Pero la realidad era que no había dejado de pensar en Lois en esos últimos seis días. Y ahora, con la noticia de

Bestow saliendo de prisión, no podía evitar sentir una ola de celos irracional.

Lois no puede ser para otro hombre, pensé. Era egoísta, lo sabía, pero no podía evitarlo. La quería para mí, y eso estaba nublando todo mi juicio.

—Confío en ti, Freddy —dijo Richardson finalmente, lanzándome una mirada de advertencia antes de cerrar la carpeta—. No me decepciones.

—No lo haré —respondí, aunque dentro de mí ya sabía que era una promesa que me costaría cumplir.

Cuando salí de su oficina, me di cuenta de que mi decisión de renunciar al caso de Lois ya no era una opción. No podía dejarla. No podía apartarme de ella. Ni de coña. No mientras Bestow estaba por salir y podía intentar arrastrarla de nuevo a su vida de mierda. Y a sus sucios brazos.

Y, sobre todo, no podía dejarla porque necesitaba verla otra vez.

Voy a protegerte, pensé mientras regresaba a mi mesa. *Aunque eso me cueste todo.*

CAPÍTULO 6

LOIS

Movía la cuchara de madera despacio, dejando que el aroma de la salsa boloñesa llenara toda la cocina. Casi había anochecido, y la casa estaba envuelta en esa calma silenciosa que solía relajarme, pero ese día no conseguía desconectar. Cada vez que intentaba concentrarme, volvía a pensar en él. En Freddy.

Desde aquella última visita, no podía sacármelo de la cabeza. Había pasado casi una semana y ya había perdido la esperanza de volver a verlo fuera de las visitas rutinarias. Me sentía como una tonta por esperar algo más, por imaginarme que podría aparecer sin razón.

Todo había sido culpa mía.

Lo había espantado con mi ridículo juego de seducción, pensando que él se derretiría ante la primera de mis insinuaciones y lo único que había conseguido era que no volviese.

Solo había recibido un par de frías llamadas en las que resolvía algunas dudas sin importancia que yo le había planteado.

Sonó el teléfono de casa.

Eché un vistazo a la pantalla. Era mi madre, llamando para comprobar que todo estuviese en orden. Mis padres habían tenido que viajar a Oregón para acudir al funeral del tío Asher.

Lo que debía ser una semana de ausencia se había alargado porque había cuestiones relacionadas con la herencia del tío que debían solucionar.

Lo dejé sonar, pero eso no era muy buena idea. Seguiría insistiendo si no lo cogía.

Descolgué el auricular.

—Mamá.

—¿Qué hacías? ¿Todo bien?

—Estoy cocinando.

—¿Algo bueno?

—Voy a hacer cantidades industriales de pasta y...

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Mamá, alguien viene. Debería ir a ver quién es.

—No sé si es una buena idea, nena... No son horas de visitas, ni de mensajeros.

—Te llamaré en cuanto pueda —le dije, sin despedirme, y justo después colgué.

Aparté la cacerola del fuego y lo apagué. Me quedé inmóvil, con el corazón acelerado, como si hubiese manifestado su presencia. Fui hacia la puerta, y ni siquiera pensé en que solo llevaba puesto una camiseta grande y unas braguitas, sin esperar que fuera él.

Pero cuando abrí, ahí estaba. Freddy.

Me miró de arriba a abajo y lo único en lo que yo, idiota, pude pensar en ese momento fue que aquel día no llovía.

Lo invité a entrar.

Y cuando estuvo de pie, en mitad del recibidor, mirándome como si estuviese a punto de devorarme, vi cómo las palabras parecían atascarse debajo de su lengua.

—Lois...yo...

La distancia que nos separaba era casi eléctrica.

Tardé un instante en acercarme a él y besarlo. Tantos días de dolorosa distancia hicieron que explotásemos.

Y perdimos el control.

O lo perdió él, no lo sé.

Lo guíé hasta mi dormitorio en cuestión de segundos, mientras éramos incapaces de interrumpir aquellos besos. Eran ardientes, apasionados, y ni siquiera fui capaz de encender la luz.

El resplandor de la luna llena era lo único que nos apartaba de la oscuridad.

Enseguida tenía sus manos por todo mi cuerpo, tocando mis curvas, mi culo, mi cara. Lo sentía...encima, por todo, y agradecí cada punto de contacto.

—Te he deseado desde el momento en que te vi —me dijo entre beso y beso, cuando tendría que estar tomando aire. Apoyó su frente sobre la mía. Recorrió mi costado con sus manos y las deslizó debajo de la camiseta.

Casi tres años hacía que un hombre no me tocaba así.

¿Lo sospecharía él?

Cerré los ojos, saboreando aquella confesión, aquella íntima victoria, concentrándome en sus manos, recorriéndome. Reconociendo cada centímetro de mi cuerpo. Estaba en el séptimo cielo.

—Freddy...— susurré su nombre—. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

Llevó su dedo índice a mis labios.

—Voy a darte lo que me pidas, Lois. Voy a darte todo.

Aquella mirada...

Dios mío. ¿Era posible que se hubiese enamorado?

Se me aceleró el corazón, no sé si por su mirada desarmante o por su tacto.

Todo el cinismo con el que me había protegido esos dos años se había quedado en la puerta de mi dormitorio.

¿Y yo? ¿Me había enamorado yo?

Me recreé de nuevo en sus besos. Necesitaba saborearlo y probarlo una vez más. Me acomodé sobre las sábanas blancas. No me había molestado en hacer la cama.

Buscó el borde de mi camiseta y lo subió hasta mis brazos. Y de inmediato deslizó sus labios por encima de mi hombro y la clavícula, haciéndome temblar. De ahí pasó a mi cuello, mi punto débil. Mis dedos reaccionaron hurgando en los botones de su camisa.

Deslicé las manos por debajo, deseando quitarle toda esa ropa lo antes posible para poder ver por fin un cuerpo que se adivinaba perfecto. Podía sentir sus músculos turgentes a través de la ropa. Rodeé su cintura con mis piernas, atrayéndolo hacia mí poco a poco. Esa fricción me hizo gemir.

—Lo quieres ya, ¿verdad?

Introdujo las manos en los laterales de mis braguitas y tiró hacia abajo hasta desprenderse de ellas. Miró un momento hacia abajo.

Sus dedos volaron hasta allí, hasta mi sexo, y lo entreabrieron un poco.

—Yo lo quiero ya —murmuró.

Mis mejillas ardieron con sus palabras. Lo sentía. Podía sentir que estaba loco por mí. Y justo ese era el brote de confianza que necesitaba para terminar de abrir su camisa y deshacerme de

ella, y poder acariciarlo sin obstáculos. Él respondió agarrando mis piernas y asegurándose de que me aferraba bien a sus caderas. Las pegó contra las mías y pude notar toda su grandiosidad.

Su dureza.

Estaba más que preparado para mí.

Vi cómo descendía por mi cuerpo, regándolo de besos hasta llegar hasta mi escote. Cuando su boca cálida y húmeda cubrió uno de mis pezones, eché hacia la cabeza atrás y me perdí en aquella oleada de placer.

Acarició mis pechos con sus grandes manos, apretando un poco mi carne, mientras su lengua giraba en círculos alrededor de mis pezones, estimulándolos al máximo. No dejó ni un solo centímetro de mi piel sin atención, ya fuera con sus manos o con su boca.

Pensé por un instante en la salsa, enfriándose en la encimera de la cocina.

Recorrí sus músculos con los dedos mientras él seguía bajando. Deslizó sus manos entre mis piernas, comprobando lo húmeda que estaba. Buscó mi clítoris con su lengua y me estremecí en cuanto lo encontró.

Mi espalda se arqueó al instante mientras Freddy clavaba sus dedos en mis caderas. Las oleadas de placer se multiplicaron en el momento en que él introdujo dos dedos en mi cuerpo, retorciéndolos hasta hacerme perder el aliento. Empezó a follarme con los dedos mientras que su lengua continuaba estimulándome. Esa combinación explosiva me volvió loca.

Quería más.

Lo quería a él.

Lo aparté con cuidado y me miró, confundido.

—Quería hacer que te corrieses —dijo.

Estiré la mano para acariciarle el pecho.

—Quiero terminar contigo dentro de mí...

—Si es eso...no voy a discutir —contestó, sonriendo.

Se quitó los pantalones y la ropa interior, quedándose totalmente desnudo entre mis brazos. Se posicionó entre mis piernas y empezó a presionar, despacio.

Me agarré a las sábanas, explorando cada una de aquellas sensaciones.

Casi había olvidado lo que sentía.

Éramos como piezas que encajaban a la perfección. Nuestros cuerpos eran perfectos juntos, y mejoraba incluso cuando él se hundía un poco más en mi interior.

—Eres como un sueño —murmuró.

Yo podría decir lo mismo. Recorrí sus brazos con las manos, dejando que mis dedos trazasen las curvas de sus bíceps. Era un estado de placer, de casi-éxtasis, que no había sentido jamás.

Continuó moviéndose.

Deslizó una mano debajo de mi nuca, acercándose de nuevo para otro beso largo e íntimo.

Nunca pensé que nuestra primera vez juntos iba a ser así.

Lo imaginé más sucio, más rápido.

No pensé que me miraría con esta ternura.

Y muy pronto nuestra respiración acelerada se convirtió en gemidos. La fricción era demasiado intensa y podía sentir cómo los dos estábamos a punto de alcanzar el clímax.

—Lois, voy a...

Mi única respuesta, contundente, fue abrazarme a él con fuerza. Y esa comunión completa y electrificante me arrancó un orgasmo desconocido y devastador que me dejaría clavada a la cama de mi adolescencia.

—Oh...Lois...Dios...mío...

Explotó dentro de mí.

Las consecuencias de nuestra pasión mañana, por favor, pensé.

Nos quedamos un rato abrazados hasta que le pregunté:

—¿Tienes hambre?

CAPÍTULO 7

FREDDY

Pasó una semana y nos vimos a menudo. Yo la visitaba en su casa, porque era el lugar más seguro, donde no levantaríamos sospechas y nadie nos molestaría. Pero sus padres estaban a punto de regresar, así que pronto tendríamos que pensar en una alternativa.

No se lo había dicho aún a Lois, pero me había enamorado de ella.

No es ninguna idiota, así que supongo que era muy consciente del efecto que causaba en mí.

En esos días mis pensamientos habían estado en una lucha constante entre lo que debía hacer y lo que realmente quería. Sabía que había un conflicto insalvable ahí. No podía ser su agente de libertad condicional y, al mismo tiempo, estar completamente colado por ella. Eso no era profesional. No era ético. Y, sobre todo, no era justo ni para ella ni para mí.

Ya había decidido dar el salto. Dejar el trabajo. Sabía que mi jefe no lo entendería, que no sería fácil, pero no me importaba. Este trabajo no era lo que había soñado cuando me trasladé a Boston. Me gustaba la idea de ayudar a las personas a salir adelante, de ser parte de su proceso de reintegración. Pero ahora todo me parecía... diferente. Desdibujado. Y la razón era simple: Lois Cadwell.

Cada vez que pensaba en ella, sentía ese nudo en el pecho. Desde el día en que casi la besé, desde que vi ese destello de deseo en sus ojos, supe que todo había cambiado para mí. No era solo que me gustara. Era una obsesión, una necesidad que no pensaba ignorar. Y sabía que tenía que hacer algo antes de que se me fuera de las manos. Darle espacio, renunciar a su caso y, con un poco de suerte, seguir adelante. Pero... no era tan fácil.

El sonido de mi teléfono me sacó de mis pensamientos. Miré la pantalla y vi un mensaje de Mark:

Estamos en el bar de siempre. Vente, hombre. Nos tienes abandonados.

Suspiré. Sabía que no podía seguir evitando a mis compañeros. Mi ausencia constante empezaría a levantar sospechas, y lo último que necesitaba era que alguien se metiera en mis asuntos, especialmente ahora que había decidido dejar el trabajo.

Tal vez hablar con Mark esta noche sería una buena idea. Él había sido mi mentor desde que llegué a Boston. Si había alguien que pudiera entender por qué quería salir de este embrollo, ese era él.

Me vestí rápidamente y salí de casa, intentando no pensar en lo que diría cuando estuviera allí. La verdad era que ni siquiera tenía un plan claro. Solo sabía que no podía seguir trabajando con Lois; no cuando cada vez que la veía me sentía como si estuviera al borde de algo que no podía controlar.

Llegué al bar y lo encontré como siempre, un sitio colmado de risas y gritos y televisores a todo volumen con partidos de béisbol. Algunos compañeros estaban en la barra, con cervezas en mano. Me acerqué, y Mark me saludó con una enorme sonrisa.

—¡Mira quién ha decidido volver a la vida social! —exclamó, golpeándome el hombro.

—Sí, bueno, ya sabes, no puedo vivir solo para el trabajo —respondí, intentando sonar relajado.

Nos sentamos en una mesa y comenzamos a hablar sobre cosas triviales: el trabajo, los últimos casos, y cómo algunos de nuestros compañeros se estaban quemando con el ritmo. Pero no podía concentrarme. Estaba demasiado nervioso por lo que quería decirle a Mark, y el ruido del bar no ayudaba.

Justo cuando me armé de valor para sacar el tema, la puerta del bar se abrió. Mis ojos se desviaron instintivamente hacia la entrada, y mi corazón se detuvo por un segundo.

Hunter Bestow.

El maldito exnovio de Lois.

—¿Lo ves? —dijo Mark, inclinándose hacia mí, bajando un poco el tono de voz—. Ese es Bestow. Acaba de salir hace unos días.

Asentí, y mi estómago se revolvió.

—Donovan ya me advirtió de que estaba al caer.

Hunter era más alto y más corpulento de lo que imaginaba, con una sonrisa arrogante en la cara mientras se movía por el bar como si lo dominara todo. Pidió una cerveza en la barra y saludó a varias chicas, riendo, como si no acabara de salir de prisión. Como si no hubiera pasado los últimos años encerrado por un delito grave.

—Ese tipo es un imbécil —murmuró Mark—. Ojalá Lois Cadwell se mantenga lejos de él. Si vuelve a meterse en su vida, está condenada.

—Sí —respondí, aunque mi mente ya estaba en otra parte. Hunter se inclinaba hacia una de las chicas, una rubia que parecía completamente fascinada por él. Y luego, para mi sorpresa, la besó. Así, sin más.

Me puse tenso. Estaba rabioso y preocupado. ¿Así que ese era el tipo que casi destruyó la vida de Lois? ¿El tipo al que, supuestamente, no había respondido ni una sola carta? No tenía nada que ver conmigo. No nos parecíamos en nada.

Lo observé con atención. Cuando terminó de besar a la chica, se levantó, pagó su cuenta y se dirigió hacia la salida. No pensé, solo actué. Me levanté rápidamente y le dije a Mark que tenía que irme.

—¿Ya? ¿Qué pasa? —preguntó él, extrañado.

—Tengo algo que hacer. Nos vemos luego —dije, sin darle más detalles.

Salí del bar a toda prisa, justo a tiempo para ver a Hunter subirse a su coche. Decidí seguirlo. Mi corazón latía con fuerza mientras mantenía mi distancia, y agarraba con fuerza el volante. Me decía a mí mismo que solo quería asegurarme de que no intentara contactar con Lois.

Que era parte de mi trabajo.

De mi *todavía* trabajo.

Pero sabía que había mucho más detrás de mi impulso. No podía soportar la idea de que volviera a aparecer en su vida.

No después de cómo nos habíamos acercado el uno al otro.

Tenía que averiguar dónde vivía ese tipo.

Conduje detrás de él durante varios minutos, sin estar seguro de adónde iba. Pero cuando

reconocí el vecindario, el malestar en mi estómago se intensificó. Estaba dirigiéndose a la casa de Lois.

Era increíble.

No podía contactar con ella, y se lo estaba pasando por el forro.

Aparqué a una distancia prudente y lo vi bajar del coche. Caminó hacia la puerta de la casa, llamó al timbre y, para mi horror, Lois abrió y lo dejó entrar.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Me quedé en el coche, incapaz de moverme. Solo podía pensar en una cosa: *ella* lo había dejado entrar.

Estuve allí un rato, viendo la casa desde la distancia, como un idiota. Había algo en mí que me decía que debía entrar, que tenía que detener lo que estuviese pasando ahí dentro.

Pero no lo hice.

En lugar de eso, me quedé petrificado detrás del volante, con el corazón roto y la cabeza llena de preguntas.

En cierto modo, Lois acababa de elegir.

Y esa elección no había sido yo.

CAPÍTULO 8

LOIS

Abrí la puerta esperando ver a Freddy, pero en su lugar me encontré de frente con Hunter. El aire se me congeló en los pulmones, y durante un segundo no supe si estaba soñando o si realmente estaba ahí. Alto, corpulento, con esa sonrisa torcida que era su seña de identidad, la misma que solía encantarme.

Y ahora solo me ponía los pelos de punta.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó, empujando la puerta con el hombro y entrando sin que yo le respondiera.

Retrocedí, aún en *shock*, incapaz de reaccionar. Él cerró la puerta tras de sí, como si hubiera sido invitado, como si todo estuviera bien entre nosotros.

—¿Qué estás haciendo aquí, Hunter? —logré decir.

—¿Cómo que qué hago aquí? —replicó, como si mi pregunta fuera estúpida—. Acabo de salir, nena. ¿No crees que lo primero que haría sería venir a verte?

Lo miré, tratando de encontrar las palabras correctas, pero mi cerebro iba a mil por hora. No lo había visto en años, desde antes del juicio. Desde que supe que me había traicionado, que todo lo que habíamos construido juntos se había derrumbado como un castillo de naipes. Y ahora, estaba en mi salón como si nada hubiera cambiado.

—No tienes nada que hacer aquí —le dije, cruzándome de brazos en un intento de parecer firme.

—Por supuesto que lo tengo —se acercó, demasiado cerca—. Pensé que vendrías a buscarme. Creí que estarías esperando. No me contestaste ni una sola carta, pero me dije: "Lois está dolida. Solo necesita tiempo".

Me quedé paralizada por un momento, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Tiempo? —solté, incrédula—. Hunter, no te respondí porque no quería volver a saber de ti. Arruinaste mi existencia.

—Oh, venga ya. No seas tan dramática —Hunter alzó una ceja, sonriendo de manera burlona—. Sé que aún piensas en mí. ¿Quién te protegió? ¿Quién te mantuvo a salvo todo ese tiempo?

—¡Tú me metiste en esto! —lo interrumpí, y mi voz escaló un poco—. Tú me engañaste. Me convenciste de que todo lo que hacíamos estaba bien, que nadie lo sabría jamás. Y luego me dejaste tirada, cargando con las consecuencias. Me condenaron, Hunter. ¡Estuve en la maldita cárcel!

Su expresión se endureció. Esa sonrisa cínica desapareció de su cara en un instante. Dio un paso más, invadiendo mi espacio personal, obligándome a retroceder hasta que sentí la esquina del sofá contra mis piernas.

—Todo eso ya pertenece al pasado, Lois —dijo con un tono más sombrío—. Hicimos lo que teníamos que hacer. Los dos. Y ahora vamos a pasar página.

—No —dije, alzando la barbilla—. Tú lo hiciste. Yo... me dejé arrastrar. Pero eso no significa que lo justifique. He tenido dos años para pensar en lo que hicimos, en lo que casi destruyo. Y lo único que siento ahora es arrepentimiento.

Él resopló, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Arrepentimiento —lo dijo como si la palabra le resultara ridícula—. Sabes que no habría salido mal si no hubieras entrado en pánico. Todo estaba bajo control hasta que decidiste jugar a la santa mártir.

Lo miré furiosa, incapaz de creer que aún se atreviera a culparme.

—¿En serio? ¿Ahora soy la culpable de todo? —le pregunté. Mis manos temblaban de rabia—. Robamos millones de esa empresa. ¡Casi destruyes todo por un capricho! Sabes muy bien que fue tu culpa.

Hunter apretó los puños, pero mantuvo la calma. Aparentemente.

—Ya, bueno. A veces las cosas no salen como uno planea —su voz ahora era suave, casi conciliadora—. Pero nena...lo que importa es que estamos aquí. Libres. Que todo eso ya pasó. ¿Sabes cuántas veces pensé en ti mientras estuve dentro?

Se acercó más, y mi estómago se revolvió cuando puso una mano en mi brazo.

—Lois —susurró, inclinándose hacia mí—. Podemos empezar de nuevo. No tenemos que quedarnos en el pasado.

Lo aparté con un movimiento brusco. Mi piel ardía en el punto exacto donde me había tocado.

—Hunter, no. Esto no va a pasar. No vamos a empezar nada de nuevo. Lo que teníamos está muerto y enterrado.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Y por qué no? Sabes que siempre fuimos un buen equipo. No puedes negar lo que había entre nosotros.

—No voy a negar lo que pasó —dije, tratando de mantenerme firme—. Pero eso fue hace tiempo. Antes de saber lo que realmente eres.

Hunter sonrió de nuevo. Esa sonrisa peligrosa que siempre me ponía nerviosa. Se inclinó hacia mí, situando sus labios a pocos centímetros de los míos.

—No digas que no quieres lo mismo que yo —me miraba con una intensidad que me resultaba sofocante.

Lo miré a los ojos, con la mente a mil y el corazón latiéndome en las sienes. Había algo distinto ahora. Por supuesto que lo había. Ya no era la misma Lois de antes, la que había caído en sus juegos, la que se dejaba embaucar.

Lo aparté con fuerza, lo suficiente para que entendiera el mensaje.

—Hay otra persona.

La sorpresa en su rostro fue genuina. Hunter parpadeó, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—¿Otra persona? —repitió, incrédulo—. ¿Quién?

No respondí, pero él lo vio en mis ojos. Se dio cuenta de que no estaba mintiendo. Entonces, su expresión cambió, de sorpresa a ira en cuestión de segundos.

—¿Otra persona? —repitió, esta vez con un tono mucho más oscuro—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Hunter, ya basta —le advertí, retrocediendo mientras él se acercaba—. No tienes ningún derecho a estar aquí reclamándome nada. Tú y yo terminamos hace mucho tiempo.

Antes de que pudiera reaccionar, lo vi estallar. Sus manos volaron hacia el jarrón que había sobre la mesa y lo estrelló contra el suelo. Luego, una lámpara, que voló por los aires y se

rompió en mil pedazos.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó, su respiración agitada—. ¡No puedes dejarme ahora! ¡No después de todo!

Mi cuerpo entero temblaba; el miedo me recorría mientras lo veía destrozar el salón, paralizada. Mi mirada se desvió hacia el teléfono de casa, a pocos metros de donde estaba. Sabía que, si lograba alcanzarlo, podría llamar a alguien, pero también que un solo movimiento brusco podría enfurecerlo aún más.

Lois, ¿qué has hecho?

CAPÍTULO 9

FREDDY

Estaba sentado en el coche, con los nudillos blancos de apretar el volante. No podía despegar la vista de la casa de Lois. Cada segundo sin saber qué estaba pasando ahí dentro me quemaba por dentro. Había llamado a la policía tan pronto como vi a Hunter entrar, pero no podía quedarme esperando. No cuando Lois estaba ahí, con ese malnacido.

Un ruido sordo desde el interior de la casa me sacó de mis pensamientos. Mi corazón se disparó. No podía perder más tiempo. Sin pensarlo dos veces, me bajé del coche, salté la valla y corrí hacia la ventana del salón. A través del cristal, pude verlos. Hunter estaba encima de Lois, ambos en el suelo. Ella luchaba, empujándolo con todas sus fuerzas, pero él era mucho más fuerte.

Mi mente se puso en blanco. Todo lo que sabía sobre procedimientos, sobre límites, sobre mantener la calma, desapareció. Lo único que importaba era llegar a ella. Con el codo, protegido por la chaqueta, rompí el cristal de la ventana sin pensar en el dolor que sentí al hacerlo, y me lancé al interior de la casa.

—¡Suéltala! —rugí, abalanzándome sobre Hunter, apartándolo de ella de un empujón.

Lois gritó. Su voz desesperada me atravesó el pecho. Hunter se levantó con una rapidez que no esperaba, y su puño voló directo a mi cara antes de que pudiera reaccionar. El impacto me nubló la vista por un segundo, pero no importaba. No me iba a detener. Me abalancé de nuevo sobre él, propinándole un golpe en el estómago que lo hizo tambalearse.

—¡Freddy, no! —gritó Lois desde el suelo, con la voz cargada de miedo.

Hunter se revolvió, tirándome hacia el suelo con un empujón. Sentí el dolor en mi costado, pero la adrenalina me impulsaba. No podía dejar que le hiciera daño.

Nos enredamos en una pelea salvaje, puños volando en todas direcciones, golpes que no sentía del todo debido a la furia que me había poseído. Cada vez que pensaba en cómo había encontrado a Lois debajo de él, en cómo había dudado de ella por un segundo, sentía una rabia renovada. Hunter intentaba ponerse encima de mí, pero logré apartarlo, dándole un golpe en la mandíbula que lo dejó aturdido.

—¡Basta, Hunter! —le grité.

Él se levantó tambaleándose, pero antes de que pudiera hacer otro movimiento, las luces de los coches de policía iluminaron el exterior de la casa, y el sonido de sirenas llegó hasta nosotros.

Lois, jadeando, seguía en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas.

La puerta se abrió de golpe y un par de policías irrumpieron en el salón. Se abalanzaron sobre Hunter y lo inmovilizaron contra el suelo mientras él lanzaba una serie de maldiciones, furioso.

—¡No tienes derecho! ¡Lois es mía! —gritaba Hunter, con la voz rota por la desesperación.

Uno de los policías lo esposó rápidamente mientras el otro se aseguraba de que yo estuviera bien. Todo ocurrió en segundos, pero para mí fue eterno.

Lois seguía temblando, y me acerqué a ella en cuanto tuve la oportunidad. Me arrodillé a su lado. Mis manos temblaron al tocar su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté, con la voz ronca por la tensión.

—Freddy...

—Lo siento. Lo siento tanto —le dije, acercándola a mi pecho y envolviéndola con mis brazos.

Podía sentir cómo su cuerpo temblaba contra el mío. Apreté los labios contra su cabello, sintiendo cómo el nudo en mi garganta crecía.

Hunter seguía gritando mientras lo sacaban a rastras, y sus gritos sonaban cada vez más lejanos. Yo solo tenía ojos para Lois. La besé en la frente, en las mejillas, sin poder contener el impulso de asegurarme de que estuviera bien, de que supiera lo mucho que me importaba.

Cuando me aparté lo suficiente para mirarla a los ojos, fue cuando lo vi: Mark, de pie en el umbral, observando todo con incredulidad y confusión.

—¿Qué... qué ha pasado aquí? —preguntó, todavía en *shock*.

Yo, sin soltar a Lois, le devolví la mirada. No me importaba lo que él o cualquier otra persona pensara en ese momento. No me importaba lo que iba a pasar con mi trabajo, ni todas las reglas que había roto. Todo lo que importaba era ella. Y lo que sentía.

Mark soltó una carcajada, incrédulo.

—No me jodas, Freddy. ¿De verdad te has liado con tu propia asignada?

—Mark, yo... —empecé, pero me corté a mí mismo, mirando a Lois. No podía mentir. No a él, ni a mí mismo.

—La quiero —solté de golpe, sin pensarlo dos veces.

Los ojos de Lois se abrieron un poco más, y vi cómo sus labios se curvaban en una sonrisa leve, pero genuina.

—¿Hablas en serio? —me preguntó, su voz temblando de incredulidad.

—Sí —dije, apartando un mechón de su rostro—. Lois, te amo. No sé qué va a pasar, pero... No voy a dejarte sola. Estaré aquí si tú quieres.

El silencio que siguió fue abrumador, pero ella me miró con la misma intensidad. Sus ojos brillaban con una emoción que me desarmó por completo.

—Te quiero, Freddy —susurró ella, y esa sonrisa, esa tímida sonrisa, fue lo único que necesitaba en ese momento. La que me curó todas las heridas de la pelea con Hunter.

Nos besamos, y fue un beso que lo dijo todo, que selló todo lo que había estado conteniendo durante semanas. Los brazos de Lois se enredaron en mi cuello, y yo la estreché contra mí como si temiera perderla de nuevo.

—Bueno, chicos, odio interrumpir —dijo Mark—, pero creo que a Hunter le esperan otras vacaciones pagadas.

Sonreí mientras miraba a Lois. Sabía que lo que había pasado esa noche cambiaba todo. Mi vida como agente de libertad condicional había terminado, eso estaba claro. Había traspasado todos los límites, pero por primera vez, me sentía libre.

Y no había nada en el mundo que me hiciera renunciar a Lois.

—Me temo que este es el final de mi carrera como agente, Mark —dije, soltando una carcajada amarga.

Mark sonrió, pero luego nos miró a Lois y a mí, asintiendo lentamente.

—Más bien, parece el principio de otra cosa...

Y tenía razón.

EPÍLOGO

Un año después...

LOIS

El sol de la mañana se colaba por las cortinas de la cocina, inundándola de una deliciosa luz cálida. Yo estaba junto al fregadero, cortando algunas flores para hacer un ramo, mientras Freddy tarareaba una melodía desafinada desde el otro lado de la encimera.

Llevábamos poco más de seis meses viviendo en este pequeño pueblo de California, y aunque todo era mucho más tranquilo que nuestras vidas anteriores, me encantaba la paz que sentíamos aquí.

Freddy había conseguido un trabajo como asistente social, y yo me había volcado en mi nuevo empleo en una floristería local, en el centro del pueblo. Nunca me imaginé vendiendo flores, pero me había dado cuenta de que trabajar entre colores y aromas era exactamente lo que necesitaba.

—¿Qué tienes para mí hoy? —me preguntó Freddy mientras se acercaba, con una taza de café en la mano y una sonrisa en los labios.

—Un ramo que me pidieron para una boda. Rosas, peonías, y un toque de lavanda —le respondí, sonriendo mientras cortaba las últimas hojas—. ¿Qué tal el trabajo?

Freddy dejó la taza sobre la mesa y se apoyó en la encimera, observándome con esa mirada que siempre me hacía sentir como si fuera lo único que existiera en su mundo.

—Lo mismo de siempre. Gente complicada, familias complicadas... y luego estoy yo, el hombre que intenta salvar el día con un bloc de notas y un par de consejos baratos —respondió, fingiendo dramatismo.

—Oh, el gran héroe Freddy Bolt, salvando vidas visita a visita —le guiñé un ojo mientras acomodaba las flores en el jarrón.

—Exactamente, aunque me temo que mis habilidades no son tan impresionantes fuera de la oficina —dijo, acercándose más, colocando sus manos en mi cintura.

Sentí su respiración en mi cuello, y a pesar de la tranquilidad de nuestra vida aquí, siempre había algo en él que lograba acelerar mi corazón.

—¿Freddy reconociendo sus límites? Esto sí es una novedad —le dije, girándome para encararlo.

Él soltó una carcajada y me miró con una de esas sonrisas que siempre desarmaba cualquiera de mis sarcasmos.

—Mis límites solo existen porque estoy demasiado distraído contigo —respondió, dándome un beso en la mejilla.

Me reí, pero luego lo empujé suavemente.

—Entonces, la culpa es mía, ¿eh? —le dije, fingiendo indignación.

—Oh, absolutamente. Desde que te conocí, no he tenido un solo día en que mis pensamientos no estén ocupados contigo —respondió, con una seriedad que casi me hizo sonrojar.

—Eso suena demasiado romántico para ser verdad.

—Créeme, lo es —Freddy me besó de nuevo, esta vez en los labios, y me pilló desprevenida, porque no pude evitar sonreír contra su boca.

—Eres un cursi. ¿Sabes eso? —dije cuando nos separamos, aunque en realidad me encantaba.

—No puedo evitarlo. Tú sacas lo peor y lo mejor de mí.

Lo miré mientras él ponía en marcha la cafetera, y una oleada de amor me recorrió el pecho. No podía creer que después de todo lo que habíamos pasado, después de Hunter, después de mi condena y todo el caos, hubiésemos llegado a esto. Una casa pequeña, una vida sencilla, y, sobre todo, paz.

Freddy era esa paz.

—Bueno, ya que sacas lo mejor de mí, ¿qué tal si hacemos algo especial esta noche? —preguntó de repente, girándose hacia mí con una expresión juguetona.

—¿Algo especial?

—Sí, ya sabes. Una cena romántica... tal vez una película mala... y luego... —su voz se apagó en una insinuación evidente.

—Freddy, ¿estás proponiendo una noche de mantita, Netflix y... flores? —bromeé, señalando el ramo que aún tenía en las manos.

—Bueno, no sonaba tan bien en mi cabeza, pero ahora que lo dices, me parece perfecto.

Me guiñó un ojo mientras yo me reía.

—Sabes, me encanta cómo puedes pasar de ser todo serio y responsable a decir tonterías en cuestión de segundos —le dije, sacudiendo la cabeza mientras terminaba el ramo y lo colocaba en un florero.

—Es un don. No todos lo tienen.

—Ah, sí. Un verdadero tesoro.

Freddy me atrapó por la cintura de nuevo, y nos quedamos así, abrazados en medio de la cocina, disfrutando de la tranquilidad de la mañana. Podía oler el café mezclado con el aroma de las flores, y en ese momento, me di cuenta de lo afortunados que éramos de estar aquí, juntos, alejados de todo el ruido y el caos de nuestras vidas anteriores.

—Oye, hablando de cosas importantes... —dije, alejándome un poco para mirarlo a los ojos —, ¿has pensado en lo que te dije sobre adoptar un perro?

—Oh, no —dijo, riendo mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Otra vez...

—Es que esta casa necesita una mascota —le lancé una de esas miradas que sabía que él no podía resistir—. Ya tenemos flores por todas partes, pero necesitamos algo que nos dé vida... algo que nos siga a todas partes.

Freddy me miró, fingiendo pensar seriamente en la propuesta, pero yo ya sabía que estaba de mi lado desde el primer momento.

—Bien, pero si adoptamos un perro, será un perro grande, nada de esos chihuahuas que parecen más ratones que perros.

—Trato hecho. Pero si traes un mastín que ocupe más espacio que la cama, tú te vas a dormir al sofá.

Le lancé una mirada burlona, y él soltó una carcajada.

—Hecho. No puedo creer que esté aceptando esto.

Sacudió la cabeza mientras me abrazaba por detrás y apoyaba su barbilla en mi hombro.

—No te preocupes, lo agradecerás cuando ese perro nos proteja de todos los peligros inexistentes que acechan en este tranquilo y apacible pueblo —dije con una sonrisa.

Freddy suspiró resignado, pero lo vi sonreír, y eso me confirmó lo que ya sabía: estábamos construyendo algo juntos, una vida que nunca imaginé posible.

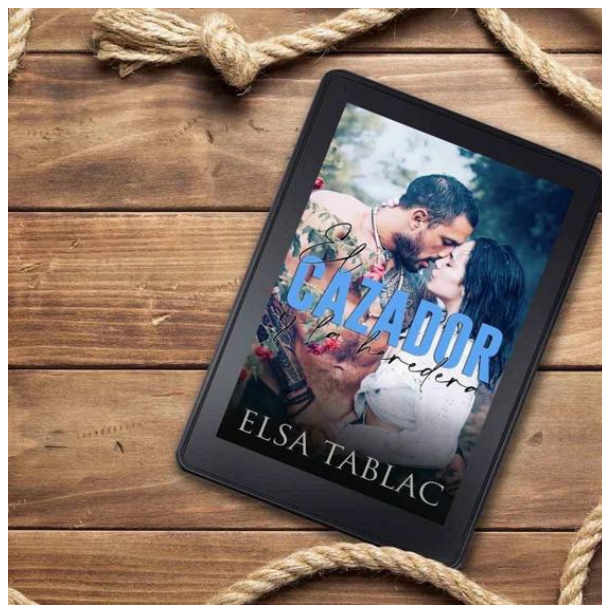
—Lo que sea con tal de verte feliz, Lois —dijo en un tono burlón, pero con la sinceridad detrás de cada palabra.

Me giré en sus brazos y lo besé suavemente, dejando que el momento hablara por sí mismo. Y en ese beso, supe que habíamos llegado a donde debíamos estar. Lejos de todo, sí, pero exactamente donde siempre quisimos estar: juntos.

Puedes leer más historias de mi serie “¿Trabajo o placer?” haciendo clic [aquí](#). Todas son independientes y pueden leerse en cualquier orden.

YA DISPONIBLE

EL CAZADOR Y LA HEREDERA



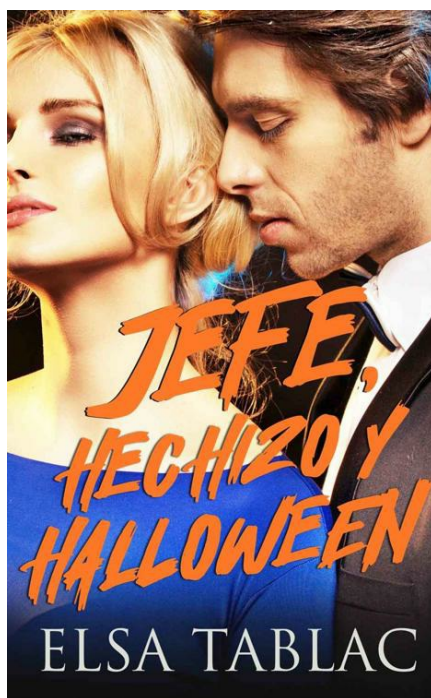
Isabella Faust, una joven y rica heredera en busca de libertad, huye de la presión familiar y se refugia en los bosques salvajes de Oregón.

Allí se encuentra con Finn, un cazador solitario y protector, cuya vida en la naturaleza es tan dura como él mismo.

Lo que empieza como una atracción instantánea se convierte en una pasión incontrolable, mientras el peligro acecha en las sombras del bosque. Entre el deseo, los secretos y la tensión familiar creciente, ambos se enfrentarán a un amor tan salvaje como el entorno que los rodea.

YA DISPONIBLE

[JEFE, HECHIZO Y HALLOWEEN](#)



Harper Keller está decidida a dejar su trabajo en una prestigiosa agencia de publicidad de Nueva York; pero cuando su jefe, Adam, le pide que organice una fiesta de Halloween de última hora, sus planes se trastocan.

Harper no quiere dejar escapar la oportunidad de vengarse de algunos compañeros “tóxicos” que le han hecho la vida imposible, y esa fiesta es su gran oportunidad para sembrar el caos y salir por la puerta grande.

¿El problema? Que Adam se ha dado cuenta de que lo que siente por Harper va mucho más allá de lo profesional. Entre calabazas y secretos, el amor florece en la oficina y tomará un giro inesperado que nadie vio venir...

Si deseas estar informada sobre próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
¡Nada de spam, prometido!

Haz clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las publicaciones disponibles hasta la fecha en ebook y papel. Si te ha gustado esta historia, por favor, considera dejar una valoración o una reseña en Amazon. Eso nos ayuda enormemente a las autoras independientes ;)

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

¿Trabajo o placer?

[Tu muro de hielo](#)

[Una llama prende entre nosotros](#)

[Un romance por entregas](#)

[Jefe, hechizo y Halloween](#)

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

[La obsesión del magnate](#)

[Destellos de poder](#)

[La cura de tus heridas](#)

[Loco por la barista](#)

[Melodía de dos mundos](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)
[Cerca de tu mesa](#)
[Fuera de mi alcance](#)
[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)
[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)
[El profesor de inglés](#)
[La reportera](#)
[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)
[A cinco minutos del guardabosques](#)

Títulos independientes y novelas

[Hija de la mafia](#)
[Maldito millonario en Isla Antigua](#)
[¡No pienso besar al grinch!](#)
[La huida de Bella](#)
[La espía que te amó](#)
[El asunto Danvers](#)
[Cinco veranos hasta encontrarte](#)
[Catriona: un romance rockstar](#)